



Los Terranautas



T. C. BOYLE

*Traducción del inglés a cargo de
Ce Santiago*



IMPEDIMENTA



*Nunca dudes de que un pequeño grupo de personas
comprometidas y concienzudas pueda cambiar el mundo.
De hecho, es lo único que alguna vez lo ha logrado.*

—MARGARET MEAD

L'enfer, c'est les autres.
—JEAN-PAUL SARTRE, *A puerta cerrada*

PARTE I
PREENCIERRO

DAWN CHAPMAN

Nos desaconsejaron tener mascotas; y, ya puestos, ni maridos ni novios, y lo mismo valía para los hombres, ninguno estaba casado, que se supiera. Creo que en el Control de Misión habrían estado más contentos si tampoco hubiésemos tenido padres ni hermanos, pero todos los teníamos, a excepción de Ramsay, hijo único cuyos padres habían muerto en una colisión frontal cuando estaba en cuarto grado. Me he preguntado a menudo si durante el proceso de selección aquello había supuesto un factor —a su favor, me refiero—, ya que era evidente que presentaba carencias en ciertas áreas clave y en mi opinión, al menos sobre el papel, él era el eslabón más débil de la cadena. Pero no soy quién para decirlo; en el Control de Misión tenían sus propias prioridades y por más que nos las cuestionáramos, solo podíamos agachar la cabeza y cruzar los dedos. Como podréis imaginar, todos nos curramos el proceso de selección —en los meses finales parecía que no hacíamos otra cosa— y pese a que éramos un equipo, pese a que remábamos a una, y que durante los dos años previos de entrenamiento fue lo único que hicimos, el hecho es que de los dieciséis candidatos tan solo ocho pasaron el último corte. La ironía era esta: a la vez que rezumábamos espíritu de equipo, competíamos por exudarlo, y en el Control de Misión tomaban

puntual nota de cada uno de nuestros pensamientos y movimientos. ¿Cómo decía Richard, nuestro cínico habitante? Un certamen de Miss América, pero sin las *misses* y sin América.

No recuerdo ahora la fecha exacta, y debería, sé que debería, para no llevar a equívocos, pero como un mes antes del encierro nos convocaron para las entrevistas finales. Un mes parece más o menos aceptable, tiempo de sobra para que se corriera la voz y generar toda la prensa posible en torno a la revelación de los ocho definitivos: de adelantarlo nos arriesgábamos a excedernos, y para el Control de Misión aquella era por supuesto una cuestión delicada debido a lo sucedido en la primera misión. O sea que debía de ser febrero. Una mañana de febrero en el desierto alto, con todo en flor por las lluvias invernales y una luz que como una fina capa se extendía por el espinazo de las montañas. Había en el aire un dulzor leve, una especie de adobo de salvia y azúcar quemado, algo que saborear mientras me encaminaba a la cafetería para desayunar pronto. Podría haberme detenido a quitarme las chanclas y sentir la tierra fresca y granulosa entre los dedos de los pies o a observar la marcha del regimiento de hormigas podadoras hacia y desde el hormiguero, dentro de mi cuerpo y a la vez fuera, una homínida en edad de procrear agachada en pleno trance del naturalista preguntándose si esa tierra, la antigua, la originaria, seguiría siendo su hogar pasado un mes.

Lo cierto era que llevaba levantada desde las cuatro, incapaz de dormir, y no me apetecía más que estar sola y poner en orden mis pensamientos. Aunque no tenía hambre —el estómago se me revuelve cuando estoy nerviosa— meforcé a comer: tortitas, magdalenas de arándanos, tostada de masa madre, como si fuese a cargarme de carbohidratos para una maratón. Creo que no me supo a nada. Y un café. Seguramente me tomé una taza entera, sorbo a sorbo, sin ser siquiera consciente de ello, un hábito que estaba intentando reducir, ya que de ser seleccionada —e iba a serlo, estaba segura, o al menos eso era lo que me decía— tendría que enseñar a mi sistema a pasar sin él. No me había traído ningún libro, como solía hacer, y el periódico del día estaba sobre el mostrador, pero ni siquiera le eché una ojeada. Me centré en comer, el tenedor a la boca, masticar, tragar, repetir, y solo hacía pausas

para cortar las tortitas en pedacitos cuadrados tamaño bocado y llevarme la taza de café a los labios. El local estaba desierto salvo por una pareja del personal de apoyo con la mirada perdida más allá de la cristalera como si no estuviesen listos para afrontar el día. O tal vez eran del turno de noche, tal vez era eso.

En algún momento, por fortuna, mi mente se quedó en blanco y durante lo que quizá fue una fracción de segundo me olvidé de lo que pendía sobre nuestras cabezas, pero entonces alcé la vista y vi que Linda Ryu cruzaba la sala hacia mí, con una taza de té en una mano y un donut glaseado en la otra. Es probable que no lo sepáis (la mayoría de la gente no lo sabe), pero, del equipo remanente, Linda era mi mejor amiga y la verdad es que soy incapaz de explicar por qué, más allá de que nos habíamos caído bien desde el primer día. Teníamos casi la misma edad (ella treinta y dos, yo veintinueve), pero en realidad eso no explicaba nada, ya que todas las candidatas eran más o menos de la misma edad, iban desde los veintiséis de la más joven (Sally McNally, que no tenía posibilidades) hasta los cuarenta (Gretchen Frost, que sí las tenía por saber cómo lamer culos en el Control de Misión y tener un doctorado en Ecología Selvática).

En cualquier caso, antes de que pudiese reaccionar, Linda ya se había deslizado al asiento del otro lado de la mesa, gesticulando con el donut y dedicándome una sonrisa a medio camino entre la conmiseración y el bochorno.

—¿Nerviosa? —dijo, e incluso soltó una risita mientras se adecentaba los dientes y enarbolaba el donut—. Veo que te estás cargando de carbohidratos. Yo también —dijo, y dio un bocado.

Intenté parecer ajena, como si no supiese de qué me hablaba, pero me había calado enseguida, por supuesto. En los dos últimos años habíamos alcanzado la intimidad de unas hermanas, trabajando codo con codo en el buque de investigación en el Caribe, en el interior de Australia y en las parcelas testigo aquí en el campus de la E2, pero ahora lo único que importaba era esto: mi entrevista era a las ocho, la suya a las ocho y media. Le sonreí tensa.

—No sé por qué tenemos que estar nerviosas... o sea, llevan un año evaluándonos. ¿A qué viene otra entrevista?

Ella asintió, sin ganas de seguir con el tema. Se habían oído rumores y todos los habíamos dado por buenos: esta era *la* entrevista, en la que te dirían sí o no, pulgar arriba o pulgar abajo. No había forma de disimularlo. Era el momento que habíamos estado esperando durante un cúmulo de días, semanas y meses que parecía que no iba a acabar jamás, y ahora que había llegado era poco menos que aterrador. Quise alargar el brazo hacia ella para reconfortarla, abrazarla, pero ya habíamos dicho cuanto podía decirse, desentrañado un millar de veces las combinaciones de quién estaba dentro y quién estaba fuera, y lo único que habíamos hecho en las últimas semanas había sido abrazarnos. No sé cómo explicarlo, pero era como si una frialdad me hubiese sobrevenido, la primera fase de un distanciamiento. Lo que deseaba, más que cualquier otra cosa, era levantarme e irme, y aun así ahí estaba ella, mi mejor amiga, y en aquel instante comprendí lo desprendida que era, cuánto me apoyaba, a mí y a sí misma, pero sobre todo a mí, mi victoria si ella no lograba superar el corte, y sentí que algo dentro de mí cedía.

Sabía mejor que nadie lo devastada que quedaría Linda si no entraba. En apariencia, tenía la clase de personalidad que buscaban —efusiva, enérgica, calmada durante las crisis, la optimista que siempre alcanzaba a ver cómo salir de una situación sin importar lo desesperada que pudiera parecer—, pero poseía un lado oscuro que nadie sospechaba. Me había hecho algunas confidencias, cosas que habrían hecho saltar todas las alarmas en el Control de Misión de haber llegado a sus oídos. Sería especialmente duro para ella no conseguirlo, más duro que para cualquiera de los otros, aunque me preguntaba si no estaría proyectando mis propios miedos... todos lo deseábamos tan desesperadamente que éramos incapaces de concebir lo contrario. Por si fuera poco, Linda y yo competíamos en esencia por el mismo puesto, el menos técnico aparte del oficial de comunicaciones, y las dos coincidíamos en que Ramsay lo tenía casi en el bolsillo porque lo suyo era el politiquero y sabía cómo moverse no solo en ambos extremos, sino también en la cima, en la base y a media altura.

La miré a la cara, la lenta y constante contracción y distensión de los músculos de su mandíbula mientras masticaba.

—Stevie tiene un pie dentro, ¿verdad? —dijo, con voz atragantada.
Asentí.

—Supongo.

Linda había intentado hacerse imprescindible, la generalista del grupo, buscando encajar en una de las cuatro vacantes que con toda probabilidad recaerían en mujeres. Había echado el resto, no solo con cursos adicionales sobre horticultura en sistemas cerrados y en gestión de ecosistemas, sino en especial sobre biología marina. Había acumulado más horas bajo el agua que cualquiera durante las sesiones de buceo en Belice y era imbatible recogiendo invertebrados, y pese a todo Stevie van Donk partía, en mi opinión, desde una posición ventajosa con respecto a los ecosistemas marinos. Primero, ella tenía un posgrado en la materia, y segundo, estaba estupenda en bikini.

—Menuda zorra es.

No tenía nada que decir al respecto, aunque por dentro estuviera de acuerdo. Con todo, zorra o no, Stevie estaba dentro.

Pintaba todavía peor: Diane Kesserling parecía haberse metido en el bolsillo el de supervisora de cultivos extensivos, Gretchen iba en cabeza para supervisar los biomas salvajes. El que quedaba, una vez concedidos el de oficial médico, director de sistemas analíticos y supervisor de tecnosfera —a estas alturas todos perfiles masculinos—, era en realidad un puesto de cuidador: EAD, encargado de animales domésticos, de las cabras enanas, los cerdos de la Isla Ossabaw, los patos criollos y las gallinas que iban a proveer al equipo de grasas esenciales y proteínas animales.

—Dawn, ¿qué te pasa? —Linda se reclinó sobre la mesa y me cogió de la mano, pero no respondí. No podía. Estaba hecha un lío—. No irás a venirte abajo ahora, ¿verdad? ¿Después de todo lo que hemos pasado juntas? Lo vas a lograr. Lo sé. Si alguien va a lograrlo, esa eres tú.

—¿Pero y tú? O sea, si yo entro...

Su sonrisa fue de lo más triste, un mero temblor de labios.

—Ya veremos.

Apartó la mirada. Ahora la sala estaba vacía, las personas de la mesa del fondo se habían ido o a trabajar o a su casa a dormir, dependiendo del turno. Sentía pesadez de estómago. Podía sentir la vena azul que me palpitaba en el nacimiento del cabello como ocurría siempre que me

sobreexcitaba. Los padres de Linda habían criado caballos, además de gallinas y tripones cerdos vietnamitas en la propiedad que tenían a las afueras de Sacramento, y sabía de animales de granja tanto como una veterinaria; pero no era veterinaria, solo licenciada en Zootecnia, y perdonad que os diga, puede que fuera un pelín más achaparrada de lo deseable y la verdad, tampoco era tan guapa, o sea, vista con objetividad. Eso no debería importar, pero importaba, claro que importaba. En el Control de Misión buscaban lo mismo que en la NASA, personas que encajaran en el «perfil aventurero», con mucha motivación, muy sociables y poco tendentes a la depresión, pero todos encajábamos en esa descripción, al menos quienes habíamos llegado hasta aquí (a quienes Richard llamaba los «Dulces Dieciséis»,¹ una referencia deportiva que no pillé hasta que alguien me la explicó). Más allá de eso, más allá de los parámetros que tacharan durante el aluvión de pruebas a las que nos sometieron, desde el Inventario Multifásico de Personalidad de Minnesota, hasta lo que hubiesen observado mientras trabajamos como equipo bajo presión, me estaría mintiendo a mí misma si no pensara que buscaban una candidata de buen ver, a una guapa, más guapa que Linda, en cualquier caso.

¿Me he pasado de la raya? No lo sé, pero a veces una tiene que ser objetiva, y cuando me miraba en el espejo (incluso sin maquillaje) veía a alguien que de cara al público representaría a la Misión mejor que Linda. Lo siento. Ya lo he dicho. Pero es un hecho.

—Sí —dije—. Sí. Sí. Rezo por que estés dentro, de verdad que sí... igual que rezo por mí. Incluso más. Imagina que entramos las dos, las dos mosqueteras, ¿a que sí? —traté de sonreír, pero no pude. Noté cómo los ojos se me llenaban de lágrimas. El hecho era que (me avergüenza admitirlo) no eran solo por ella.

Linda soltó el dónut y se relamió las yemas de los dedos una por una. Le llevó una eternidad. Luego levantó la cara y vi que sus ojos también estaban húmedos.

1. Los *sweet sixteen* son los dieciséis semifinalistas del campeonato de baloncesto universitario que desde 1939 se celebra cada primavera en Estados Unidos. (*Todas las notas son del traductor.*)

—Eh —dijo, y se apartó el pelo del hombro con un gesto de la barbilla—, no te preocupes. Pase lo que pase, siempre quedará la Misión Tres.

Todos llevábamos en esencia la misma ropa de trabajo, hombres y mujeres por igual: vaqueros, camiseta y botas de montaña; una sudadera con capucha para el frío de la mañana o algunos días de invierno en los que podía hacer una rasca sorprendente, pero aquella mañana en particular había optado por un vestido. Nada ostentoso, un vestido sencillo verde pálido sin mangas que me había puesto una o dos veces cuando un par de nosotros habíamos salido de parranda por Tucson, y me había maquillado y recogido el pelo con una coleta. En realidad, mi pelo es uno de mis mejores atributos, tan espeso que no se me ve ni rastro del cuero cabelludo, ni siquiera cuando salgo empapada de la ducha; y tiene volumen de sobra, pese a la baja humedad. Stevie es rubia, con la raya en medio, sin flequillo, como si fuese a hacer una prueba para una peli de surfistas, pero tiene el pelo mucho más fino que yo y la mayor parte del tiempo le cuelga lacio, a no ser que se ponga rulos, ¿y quién va a tener tiempo para eso después del encierro? Pero, como he dicho, ella estaba dentro y Linda fuera, o esa era mi suposición en cualquier caso, y no tenía nada que ver con que Linda fuese asiática, sino con cómo le quedaba el bikini. Y con el doctorado, por supuesto. Por más que doliera reconocerlo, Stevie la superaba en ambos casos, y si yo iba a entrar, tendría que ser por delante de Linda y no de Stevie ni de Gretchen ni de Diane porque en títulos no podía igualarlas. Mi licenciatura era en Ciencias Ambientales, que igualaba de sobra la de Linda en Zootecnia, o sea que ahí estábamos parejas. En cuanto a las otras tres mujeres del equipo remanente, en realidad no eran candidatas, al menos que ni Linda ni yo supiéramos.

Ocho, esa era la cifra. Ocho vacantes. Cuatro hombres, cuatro mujeres. Y si se nos ha criticado la falta de diversidad, pensadlo un segundo. En la historia de este planeta, solo doce astronautas han caminado por la Luna, y todos han sido hombres. Si contamos la segunda misión, sumábamos dieciséis, y la mitad exacta de dicha cifra eran mujeres. Incluida, eso esperaba, yo.

Cuando terminé en la cafetería, di a Linda un abrazo de despedida y le susurré buena suerte al oído, ya se me hacía tarde y mi ansiedad aumentó un grado adicional que no me hacía ninguna falta. Crucé el patio a la carrera, esquivando algún que otro turista, entré con un portazo en mi habitación y me desvestí para darme una ducha rápida (algo en lo que era ya toda una maestra por haberme entrenado para la misión, donde tendríamos un límite de doscientos ochenta litros diarios cada uno; para todo fin). La noche anterior me había lavado el pelo, había sacado el vestido y un par de merceditas y el collar de coral que iba a ponerme, así que no me llevó mucho. Pintalabios, sombra de ojos, un toque de iluminador y salí por la puerta.

El aire contenía el mismo dulzor leve que había percibido antes, aunque ahora traía un toque de diésel por el par de excavadoras que cavaban los cimientos de una nueva residencia, que alojaría durante sus visitas a dignatarios, científicos y a cualquier simpatizante del proyecto con voluntad de contribuir en uno de los tres niveles —latón, plata y oro— a su éxito. No me topé con nadie que conociera de camino al Control de Misión, lo cual no estuvo mal dado cómo me sentía. Los turistas estaban arracimados en grupos de los cuales brotaban cámaras, prismáticos y mochilas, aunque ninguno me miró dos veces; y, la verdad, ¿por qué iban a molestarse? Yo no era nadie. Pero mañana —si las cosas salían como había imaginado— estarían haciendo cola para pedirme un autógrafo.

Cogí las escaleras que subían al tercer piso del Control de Misión, y si me ponía a sudar un poco, pues que así fuera: que el ejercicio me calmara. Algo simple: pie, tobillo, rodilla, articulación de la cadera, inhalar, exhalar. Estaba en razonable buena forma de trabajar en las parcelas testigo y en el Bioma de Agricultura Intensiva y de dar largos paseos por el desierto cuando tenía ocasión, pero ni salía a correr ni entrenaba con pesas como muchos de los demás. Pensaba que no me hacía falta. El equipo de la Misión Uno experimentó una rápida pérdida de peso; el descenso de peso corporal en los hombres fue del 18% de media, el 10% en las mujeres, y probablemente resultara más saludable ganar algunos kilos antes del encierro; Linda y yo le habíamos dado vueltas a esto más de una vez. El truco estaba en distribuir los kilos

de más por las zonas adecuadas, ya que en el Control de Misión andaban atentos y de ningún modo querían mostrar al público terranautas gordas.

Josie Muller, la secretaria, me invitó a entrar con una sonrisa, que intenté corresponder como si todo fuese normal; como si lo que fuese a suceder durante los próximos minutos en la sala de control con sus tabiques blancuzcos de pladur, su moqueta color avena y sus vistas panorámicas a la mismísima E2 fuese la cosa más corriente del mundo.

—Siéntate —dijo—. Será un minuto.

Las dos miramos la puerta de roble pulido que conducía al sancta-sanctorum.

Esto no lo había previsto: tener que esperar. Había asumido que al ser a las ocho la mía debía de ser la primera entrevista del día y la había cronometrado al segundo; tenía pensado entrar directamente y que la tensión se fuera como se va el agua por la alcantarilla.

—¿Hay alguien dentro?

Ella asintió.

—¿A las siete y media? No sabía que habían citado tan pronto.

—Bueno, *sois* dieciséis y quieren dedicaros a cada uno media hora como mínimo; ya sabes, para... bueno, ultimar cosas. Zanjarlas.

—¿Quién es, solo por curiosidad?

Un tiempo antes, una o puede que dos semanas después de que me seleccionaran para unirme al proyecto, Josie y yo habíamos compartido una jarra de margarita de mango en El Caballero, en el centro de Tillman, y después de aquello siempre había pensado que estaba de mi parte. O que al menos me tenía simpatía. Más simpatía hacia mí, me refiero, que hacia cualquiera de las demás. Tenía cuarenta y muchos, canas en el pelo y el rostro repartido en torno a unas monturas de carey que le pinzaban las sienes y le marginaban los ojos; acababa de reclinarsse sobre el escritorio para decírmelo con un movimiento de labios: «Stevie».

Stevie. Bueno, no pasaba nada. Ya había aceptado que ella estaba dentro. Al menos no era Tricia Berner, una de las tres mujeres que tanto Linda como yo opinábamos que no tenían ninguna posibilidad, y aun así, cuando me pasaba las noches despierta mirando al techo y la oscuridad se encharcaba hasta disolverse en algo todavía más oscuro, entendía

que sí tenía alguna. Era atractiva a su manera, si no se tenía en cuenta el estilo, de lo más callejero, minifaldas, demasiado maquillaje, joyas que bien podría haber llevado incrustadas y de entre todo el equipo era, sin discusión, la que mejor actuaba. Y eso significaba más de lo que cabría pensar; desde su inicio, desde la fase de construcción hasta el encierro de la Misión Uno y en el transcurso de nuestro entrenamiento, el proyecto iba tanto de teatro como de ciencia, y más aún ahora, con la Misión Dos y el compromiso que todos habíamos adquirido. Pero ya os contaré luego. Baste con decir que aquella puerta cerrada, daba igual quién estuviese tras ella, me atenazó el estómago hasta que noté otra vez el sabor de las tortitas.

Eran las 08:10, y ya me había levantado y sentado en la butaca del rincón una docena de veces y examinado las fotos enmarcadas del equipo de la Misión Uno que cubrían las paredes hasta que fui capaz de recrearlas en la memoria, cuando la puerta se abrió de golpe y apareció Stevie, en tacones nada menos, observándome con la mirada ausente como si no me reconociera, como si no hubiésemos cobrado cabos juntas ni paleado estiércol de vaca a 40°C ni nos hubiésemos encorvado hombro con hombro en una mesa u otra durante un sinnúmero de almuerzos. Vi que se había puesto reflejos en el pelo y una capa de maquillaje que alcanzarían a ver sin problema desde el fondo de la platea, pero no podía distinguir si interpretaba una comedia o una tragedia. A *ella* tenían que haberla cogido, ¿no? Durante una fracción de segundo me sentí flotar, vi a Linda en su puesto y a las dos dentro; una cuadrilla de dos, bastión contra la autocracia del Control de Misión por un lado y la dictadura de la mayoría por otro, pero entonces los ojos de Stevie —de un azul intenso, un azul frío, un azul tan oscuro que era casi negro— reenfocaron y en ellos vi el triunfo. Sus labios se curvaron en una sonrisa que dejó al descubierto su dentadura inmaculada y sus encías firmes y rosas, y entonces me hizo el gesto del pulgar hacia arriba y todo quedó claro. Podríamos habernos abrazado —debimos, solidaridad entre hermanas, la misión por encima de todo—, pero yo me puse rígida y el momento pasó y ella se quedó junto a mí, estirando la sonrisa hasta el límite y adulaba a Josie con efusión y Josie hacía lo propio.

La puerta seguía abierta frente a mí. Ni siquiera tuve que llamar.

Dentro había cuatro personas, sentadas como si nada, dos en un sofá y dos en un par de sillas de oficina ergonómicas; a tres de ellas me las había esperado, pero la presencia de la otra resultó una sorpresa total. Y, a decir verdad, me impactó un poco. «Aquí no van a dejar nada al azar», fue lo primero que pensé. Y luego: «¿Es buena o mala señal?»

Pero dejad que me explique. Con las dos que estaban sentadas ya contaba: Jeremiah Reed y Judy Forester, el visionario que había soñado el proyecto y llevado a término su creación y su edecán y confidente. En privado lo llamábamos Jeremiah D.C., abreviatura de Dios Creador, y a Judy, por seguir con el tema religioso, Judas, porque era una traidora, o al menos tenía potencial. Todos lo sentíamos así. Era por el modo en que se enroscaba, a un pelo de echársete encima; la clase de persona que en la Stasi habría llegado a lo más alto, pero en 1994 ya no existía la Stasi, o sea que aquí estaba, entre nosotros. Linda y yo llevábamos un tiempo llamándola Judas la Oscura, por algunos de los contraintuitivos dictámenes que hacía desde las alturas. No era mucho mayor que yo, pero era la mano derecha de Jeremiah (la mano derecha de Dios) y eso le otorgaba un poder sobre nosotros del todo desproporcionado siendo quien era. O habría sido, de no ser por el hecho de que se acostaba con la mismísima deidad. ¿Si yo le hacía la pelota, aunque me odiara por ello? Desde luego que sí. Y no era la única.

La tercera persona de esta trinidad era un recién ungido, traído de fuera para que supervisara las operaciones del día a día con vistas a reducir gastos y aumentar la eficiencia. Se llamaba Dennis Roper y tenía querencia por el peinado *pompadour* y las patillas al rape, al estilo 1982. Lo llamábamos Niño Jesús. Como un mes después de que lo colocaran en el Control de Misión, le tiró los tejos a Linda, que en mi opinión no solo fue algo poco profesional, sino también una asquerosidad, dado el poder que ostentaba. Linda se acostó con él un par de veces, aunque aquello no estuvo bien y las dos lo sabíamos, implicara o no un *quid pro quo* —sobre todo si implicaba un *quid pro quo*— y cuando él se hartó de ella vino a por mí, pero yo pasé de él. Yo no iba a caer tan bajo ni aunque hubiese estado medio bueno, que no lo estaba. Nunca me gustaron los bajitos; y aparte de eso, bajitos o altos, me gustaba que tuvieran personalidad.

En cualquier caso, ahí estaba yo, detenida en mitad de la sala, la puerta seguía abierta tras de mí porque con la inquietud me había olvidado de cerrarla, y los cuatro (enseguida pasaré al cuarto) me observaban con paciencia, como si tuviesen el día entero para hacer lo que fuesen a hacer, aunque según mis cálculos iban ya diez minutos tarde.

—Hola —dije, e hice a cada uno un gesto con la cabeza, luego señalé la silla de respaldo recto que había delante de ellos y murmuré—, ¿quieren que me siente aquí?

—Hola, Dawn —dijo Judy, y me dedicó una amplia sonrisa que podría no haber significado nada, y los demás sonrieron sucesivamente, todo tan rutinario y cordial como cabría esperar, nada de presión, todos para uno y uno para todos.

Nadie había contestado a mi pregunta así que tomé la iniciativa y me senté tranquilamente en la silla —¿era parte de la prueba?— mirándolos a los ojos como si dijera: «No me intimidáis en absoluto porque estoy segura al 100 % de que para este equipo soy tan vital como cualquiera que hoy vaya por ahí recorriendo el planeta».

—No te preocupes, no te vamos a entretener —dijo Dennis, levantándose para cruzar la sala de puntillas y cerrar la puerta antes de volver a sentarse. Respiró hondo y soltó el aire, después se inclinó hacia delante en su silla de oficina para que sus codos descansaran sobre sus rodillas y pudiera fijar su mirada a la mía—. Sé que hoy es un gran día para todos los candidatos y estamos deseosos de finiquitar las cosas y de pasar al encierro, de modo que lo único que queremos es preguntarte algunas cosas, detallitos, pequeñeces, nada más, tan solo para que queden claras. ¿Te parece bien?

La cuarta persona de la sala, que no dijo una palabra ni descongeló el gesto y que ni siquiera se removió en su asiento para aliviar la tensión del trasero y los flexores de la cadera, era Darren Iverson, el millonario (multimillonario) que había financiado el proyecto desde sus inicios con algo así como ciento cincuenta millones de dólares y que además se encargaba de los gastos de explotación, que rondaban los diez millones al año, uno de los cuales se iba solo en electricidad. Tenía algunos años menos que Jeremiah, eso lo situaba en mitad de la cincuentena, y la verdad, no tenía pinta de millonario, o la que

supongo que cualquiera habría esperado que tuviera un millonario. Llevaba un conjunto de camisa y pantalón a juego que podría haber comprado en Sears, marrón desierto, y botas de trabajo con suela de tacos, también marrones. Los ojos los tenía también marrones e igualmente el pelo, o el que le quedaba. Lo llamábamos señor Iverson en su presencia. De lo contrario era F.D., abreviatura de Financiadore de Dios.

Miré a F.D., luego a D.C. y a Judy, y por último de nuevo a Dennis.

—Me siento como si estuviera en *Star Trek* o algo —dije, pero nadie se rio. *Star Trek* era una de nuestras piedras de toque, al igual que *Naves Misteriosas*, por razones obvias—. Ya sabéis, ¿«Un lugar jamás visitado por el hombre»?² —Seguían sin reaccionar. Me sentía mareada, un pelín aturdida quizá por la tensión y toda la energía que mi sistema gastrointestinal estaba empleando en digerir el desayuno, y, fuese o no desafortunado, no pude evitar añadir—: Ni por la mujer.

Dennis se echó hacia atrás hasta quedar en posición sedente.

—Genial, pero solo queremos preguntarte algunas cosas que no se habían planteado hasta la fecha, o sea —y entonces lo convirtió en pregunta—, ¿sobre tu vida privada?

Si aquello me pilló por sorpresa, no dejé que se me notara. Había asumido que me iban a preguntar por valores nutricionales, estimación de rendimientos de cultivo, producción de leche y el mínimo de proteínas requeridas, ese tipo de cosas, aspectos técnicos del trabajo que esperaban que yo cubriera, pero aquello no venía a cuento de nada. Me limité a asentir.

—¿Estás con alguien actualmente?

—No —dije, demasiado rápido, porque era mentira. Sin yo quererlo, me había visto arrastrada a una relación (o mejor, me había lanzado, a plomo, sin paracaídas) con Johnny Boudreau, el que fuera segundo capataz del personal de albañilería cuando la E2 estaba en la fase de construcción, y que tocaba la guitarra y cantaba en una banda los fines de semana en un bar.

2. Título del segundo episodio piloto de *Star Trek* y considerado el que abre la saga. La NBC rechazó el primero.

Dennis (¡Niño Jesús!) volteó una nota que tenía en la mano e hizo el numerito de entrecerrar los ojos ante el nombre escrito en el dorso.

—¿Qué me dices de John Boudreau?

«¿Me estáis espiondo?», quise decir, pero mantuve la compostura. Era incapaz de pensar en Johnny en ese momento, incapaz de imaginármelo ni de sacarle una foto con mi objetivo mental, y me di cuenta de que si para mí significaba algo duradero de verdad, teníamos un mes para quedar en paz con los derroteros que fuese a tomar aquello, y después vendría el encierro, de setecientos treinta días. Me encogí de hombros.

En aquel silencio incriminatorio, Judy dijo:

—Estáis usando algún anticonceptivo, ¿no?

Asentí.

—Y, discúlpame, pero entiendes que esto es vital, ¿cierto? ¿Has tenido más de una pareja en los últimos meses, algo que pudiera comprometer... o, cómo digo esto? —Miró a Dennis.

—E —dijo Dennis, usando mi apodo de equipo, E de «Eos», la diosa del amanecer de miembros rosados,³ algo que yo me tomaba como un cumplido, aunque no fuese más que una chorrada—, lo que queremos decir es que no podemos arriesgarnos a que se dé ninguna clase de infección después del encierro...

—Os referís a alguna ETS, ¿no es así? —No estaba enfadada, o no todavía; querían lo mejor para la misión y lo mejor para la misión era lo mejor para mí—. No os preocupéis —dije, y miré a Dennis con elocuencia—. Solo ha sido con Johnny, con nadie más que con Johnny.

—¿Y Johnny está, eh...? —Judy.

—¿Limpio? Sí, que yo sepa.

—Toca en una banda, ¿verdad? —Dennis.

—Oíd —y lancé la mirada más allá de los dos, hasta el sofá en el que D.C. estaba sentado igual que una esfinge y luego al agujero marrón de F.D.—, la verdad es que no entiendo a qué viene todo esto. El oficial médico, que asumo que será Richard, ¿no? —Nada. Ni un

3. Dawn, el nombre del personaje, significa «amanecer».

atisbo en ninguno de ellos—. El oficial médico va a realizar una prueba exhaustiva, y aunque tuviera gonorrea, sífilis y clamidia, o si cualquiera de los hombres la tuviera, se tratarían sin más, ¿no?

Hubo un silencio. A lo lejos, como si llegase canalizado por medio de un equipo de sonido defectuoso, se oía el traqueteo amortiguado de las excavadoras que realizaban sus trabajos por todo el campus. D.C. (flaco, pálido como una nube con su pelo revuelto y una barba blanca y espesa) descruzó las piernas y habló por primera vez. Su voz era un fino instrumento tenor, capaz de cualquier tonalidad y matiz; cuando era joven, mucho antes del proyecto, había actuado en Broadway en rollos como *Hair* o *El hombre de La Mancha*.

—Pero la cuestión es el control de la natalidad —dijo—. Comprenderás, supongo, que no podemos arriesgarnos a que nadie del equipo femenino se quede, en fin, preñada. Por decirlo a las bravas.

No era una pregunta así que no contesté.

—Me haré una prueba de embarazo, si así os quedáis más tranquilos. Creedme, eso no será ningún problema.

—Sí —dijo, y entrelazó los dedos hasta formar un soporte para la barbilla y así poder mirarme directamente a los ojos—, pero ¿qué hay del postencierro?

Y entonces —no pude evitarlo— sonreí a cada uno de ellos y dije, con toda la dulzura que pude:

—Eso tendrán que preguntárselo a los hombres.

No recuerdo mucho más aparte de eso, aunque estoy segura de que debí de sonrojarme y que la vena de la frente me palpitó como un relámpago. Me sentía tan agradecida (y aliviada) que podría haber dado un beso a todos, pero no lo hice. O al menos creo que no lo hice. Dennis me contó más tarde que crucé prácticamente toda la sala en una reverencia antes de detenerme en la puerta y hacer con la mano un amplio gesto de despedida en general, como si fuese a desaparecer entre bastidores tras una ovación, pero eso tampoco lo recuerdo. En todo caso, resultó embriagador, aunque no sepa decir con seguridad qué era verdad y qué no. Y lo cierto es que tampoco importaba. Ya no.

Por desgracia —y aquí tendríais que apreciar la sutileza del horario—, la primera persona que vi al salir por la puerta fue a Linda. Estaba sentada en la silla que yo había dejado libre, con la cabeza gacha, repasando sus anotaciones sobre sistemas cerrados, dinámicas de grupo, técnicas, Vernadsky, Brion y Mumford, empollando, aunque ya no tuviese ningún sentido. Vi que se había puesto un vestido —uno suelto de rayón color bronce que en ella solo alcanzaba a parecer más trasnochado— y que se había recogido el pelo que, por lo general, llevaba hecho un desastre. ¿Qué sentí?, ¿sinceramente? Pena, por supuesto, pero en aquel momento no supuso más que una turbulencia en el vuelo en que me hallaba, la primera fase del cohete que cae y se pierde mientras la carga útil asciende a toda velocidad y cada vez más alto.

Ella no me vio. No levantó la cabeza. Pude ver cómo sus labios se movían con cada frase que habíamos salmodiado juntas igual que cánticos —«El pensamiento no es una forma de energía. O sea que ¿cómo demonios va a alterar los procesos materiales?»— como si aquello fuese a importar a las personas que estaban en esa sala. Me habían preguntado sobre mi vida sexual. Preguntado cosas como: «¿Qué te parece Ramsay? ¿Gretchen? ¿Stevie? ¿Crees que puedes trabajar con ellos dentro?» ¿Y qué había dicho yo? Había dicho que por supuesto. «Por supuesto. Son las mejores personas del mundo. Estoy deseosa de verme en ese reto. Logremos que funcione, que todo encaje. ¡Va a ser alucinante!»

Podía sentir la mirada de Josie, pero no me volví hacia ella, no todavía. Me deslicé hasta el lado opuesto de la sala como si fuese sobre una cinta transportadora y me puse justo delante de Linda y pronuncié su nombre, una vez, en voz muy baja, y ella levantó la vista. No hizo falta más que eso. No tuve que decir una palabra. Vi cómo el nuevo cálculo titiló a través de su rostro como un arroyo y cómo se olvidaba de todo y con esfuerzo alzaba los brazos para abrazarme.

—Dawn —murmuró—. Dawn, oh, Dawn, me alegro tanto, me...

Fue un abrazo desmañado. Yo estaba de pie y ella sentada, con el cuaderno del todo abierto sobre el regazo, los pies plantados sobre la moqueta, y alcancé a notar en mis lumbares la tirantez de sus músculos. Su estrujón fue feroz, casi como si estuviésemos luchando y ella tratara de tirarme al suelo. No pude decir nada porque no había nada

que decir que no hubiese sonado a que estaba felicitándome a mí misma; y no podía hacer eso, no a su costa.

—Dawn —dijo—, Dawn. —Y lo estiró hasta volverlo un balido incluso mientras Josie avanzaba para entrar en escena y Judy aparecía en la puerta de la sala de control. Entonces me solté y Linda se hundió de nuevo en la silla.

—Enhorabuena —me dijo Josie con un movimiento de labios, experta en verbalizar significados sin sonido alguno.

—¿Linda? —decía Judy—. Linda, pasa. Ya estamos contigo.

Esperé allí media hora entera, me acomodé en la silla y charlé con Josie mientras un pensamiento tras otro me acudía en raudal a la cabeza, preguntándome por la ceremonia de encierro y la toma de medidas para los uniformes y si podríamos elegir en qué barracón vivir o si estarían preasignados (si Josie sabía algo, no soltó prenda). Ramsay apareció a las nueve, clavadas, en camiseta y vaqueros, una gorra de béisbol del revés en la cabeza y los dedos de la mano derecha enraizando en el asomo oscuro de una barba incipiente. No lo había visto desde hacía un par de días, nuestros horarios se cruzaban, y la barba me sorprendió. Si bien había asumido que Ramsay estaba dentro, la pregunta de Dennis prácticamente me lo había confirmado —a sabiendas, no había preguntado qué sentía por cualquiera de los hombres o mujeres que Linda y yo habíamos relegado al pelotón sino solo por aquellos a los que habíamos asignado el liderato— y de ser el caso tendría que afeitarse antes de que nos presentaran a la prensa o el Control de Misión tendría algo que decir al respecto. Aparte de eso, el modo en que iba vestido —su actitud en general, desde el instante en que había entrado encorvado por la puerta, lanzado una sonrisa a Josie y a mí y sentado en la esquina del escritorio como si este fuese suyo— denotaba un nivel de seguridad que rayaba en la arrogancia. O información interna. Quizá era eso. Había hecho buenas migas con D.C. y con Judy desde el principio, todo en nombre de las relaciones públicas, por supuesto, y me percaté de lo naïf que habría sido por mi parte no advertir que aquí había un orden de preferencia.

—Hola, chicas —dijo—, ¿qué tal todo? ¿Alguien que no se sienta invencible esta mañana? Pero un momento, un momento... E., deja que sea el primero, o puede que... —y aquí miró de reojo a Josie—, el segundo en felicitarte. ¡Bien hecho! Todos para uno y uno para todos, ¿no?

Lo miré asombrada.

—Pero ¿cómo lo has sabido?

—¿Que cómo lo he sabido? Mírate la cara. Rápido, Josie, ¿tienes ahí la polvera? Vamos, venga, échate un vistazo —Josie le siguió la corriente, sacó la polvera de su bolso y se la tendió para que pudiera abrirla de golpe y cruzar la sala y sostener el espejito cuadrado delante de mi cara—. ¿Ves? ¿Lo ves? —Volvió jocoso la cabeza hacia Josie, sentada en su escritorio—. Mira la forma en que los músculos cigomáticos estiran esa sonrisa y, un momento, también el risorio, ese que en términos profanos se llama el músculo mira-lo-orgullosa-que-estoy.

No lo pude evitar: me sentí deslumbrada. Y todas aquellas payasadas tuyas, que en otro momento y otro lugar podrían haberme resultado pueriles y poco menos que irritantes, me parecieron ocurrentes y genuinas, conmovedoras incluso.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿Sabes algo ya?

—Yo soy el de las nueve —dijo, sin revelar nada. Cerró de golpe la polvera y señaló con ella hacia la puerta—. ¿Quién está dentro?

—Linda.

—Oh —dijo—. Oh, Linda, sí. Claro. Linda. —Me observaba con detenimiento; sabía tan bien como yo que, si yo estaba dentro, Linda estaba fuera, o eso era lo que parecía, a menos que en el Control de Misión se ablandaran y decidieran incluirnos a los dieciséis.

No tuve ocasión de decir nada más, ni en defensa de Linda ni en la mía propia, porque la puerta se abrió de repente y Linda salió por ella y no hacía falta ser adivina para ver cómo estaban las cosas. Estaba intentando contener el gesto: ella y Ramsay no se tenían ningún afecto y seguramente era la última persona ante la que querría venirse abajo, más aún si él estaba dentro y ella no. Detrás de ella, en la puerta, una Judy inexpresiva llamaba con un ademán a Ramsay, que devolvió la polvera a Josie y, para nadie en particular, exclamó:

—Qué, ¿ya me toca? —Y pasó junto a Linda sin ni siquiera mirarla.

Podría haber vacilado un segundo antes de levantarme de la silla e ir hacia ella, dispuesta a rodearla con los brazos y a susurrar lo que fuera que debiera decirse a modo de consuelo, aunque no había consuelo posible y las dos lo sabíamos. Mentiría si dijera que no había anticipado ese momento, que no lo había ensayado en mi cabeza una y otra vez, pero en todos los escenarios que se me habían ocurrido la había visto entregarse a lo inevitable igual que lo habría hecho yo de haber estado en su lugar y luego a las dos reagrupándonos y capeando juntas el temporal. Sin embargo, me había sorprendido. Se encaminó hacia la puerta sin levantar la vista, con los hombros caídos y arrastrando los pies por la moqueta como si, de alguna manera, la sala se hubiese ladeado hacia ella y estuviese ascendiendo por la ladera de una montaña. Cuando la alcancé estaba ya en el pasillo, en dirección a las escaleras.

—¡Linda! —llamé con un grito agudo, más aturdida que otra cosa—. ¡Linda!

No se volvió para responderme, bajó las escaleras sin más, con su pelo recogido que brillaba como celofán bajo las luces del techo. Era bajita —1,55 m frente a mi 1,75 m—, y al verla desde ese ángulo parecía tan reducida que podría haber sido una chiquilla taconeando escaleras abajo después de un mal día en la escuela. Y había sido un mal día, de lo peor, y necesitaba hablarlo con ella; por mi bien tanto como por el suyo.

—¡Linda!

Siguió sin volverse y creo que habría hecho todo el descenso hasta el primer piso y más allá de la puerta, hacia el calor de fuera, de no haber sido por el hecho de que llevaba tacones (y luego estaba eso: habíamos discutido lo inapropiado que sería llevar tacones, chabacano incluso, porque no era un concurso de belleza, y ahí estaba con un par de tacóns del mismo color que el vestido). Corrí escaleras abajo y de hecho la cogí del brazo en mitad de una zancada para que no tuviese más remedio que detenerse y volverse para mirarme.

—Lo siento —dije—. Es horrible. Una mierda. O sea, ¿cómo han podido?

—¿Lo sientes? ¿Y por qué ibas a sentirlo? Tú estás dentro. —Me lanzó una mirada furiosa y apartó el brazo.

—Lo sé, lo sé. Está mal. Fatal. Son idiotas, D.C., Judy, todos... ya lo sabíamos. O sea, cuántas veces hemos dicho lo desconectados que están, cómo no reconocían el verdadero mérito si, si...

—Sin embargo, a *ti* te han cogido, ¿no?

Agaché la cabeza como si acusara el golpe. Una pareja que las dos conocíamos, del personal de apoyo, pasó por nuestro lado, de camino al segundo piso. Supieron lo que sucedía en cuanto entrevieron la cara de Linda y siguieron sin decir palabra. Esperé a que llegaran al siguiente rellano, batallando conmigo misma. Lo que dije después fue una falsedad y las dos lo supimos desde el instante en que salió de mi boca:

—Tendrían que haberte elegido a ti.

—No me hagas reír. Sabes de qué va todo esto, o sea que da igual que esté cualificada... más que tú, si te digo la verdad. Soy asiática, ese es el hecho. Y estoy gorda.

—Tú no estás gorda —dije de manera automática.

—Soy gorda y bajita y no soy ni la mitad de guapa que tú. Ni que Stevie. Ni que Gretchen.

No supe qué decir.

—Rubias, es lo único que quieren. O qué. —Me hizo un gesto airado a la cara—. Pelirrojas. ¿O es rubio rojizo? ¿No es así como lo llamas siempre?

No podía creer lo que estaba oyendo. ¿De verdad pensaba Linda que el color de pelo tenía algo que ver con aquello? ¿Con todo el tiempo que había empleado yo en la producción de alimentos mientras ella iba por ahí con unas aletas y un traje de neopreno buscando el mano a mano con Stevie?

—Venga, Linda —dije—, estás hablando conmigo. Sé que ahora estás dolida, pero saldremos de esta igual que hemos salido de todo lo que nos han echado...

—Que te den —dijo, y bajó repiqueteando las escaleras, vacilante por los tacones, y me di cuenta de que debía de haberlos traído solo para la entrevista porque era la primera vez que se los ponía. Eso me entristeció. No deseaba aquello. Quise ir a otro lugar, a cualquiera, dar la noticia a gritos, llamar a mi madre, llamar a Johnny, pero Linda me lastraba. Grité otra vez su nombre y ella se volvió bruscamente.

—¿Qué? —me urgió.

Yo seguía allí plantada a tres escalones del rellano.

—¿Te apetece que vayamos a otro sitio y lo hablemos? O sea, a tomar un café. O igual una copa.

—¿Una copa? ¿A las 09:05 de la mañana? ¿Estás mal de la cabeza?

—¿Por qué no? Nos han dado el día libre, ¿no? Por qué no hacer alguna locura, como ir a los billares y pillarnos un pedo.

—No —dijo—. Ni hablar.

—¿Un café, entonces?

Hizo una mueca, pero al menos estaba ahí sin moverse, los tacones la aupaban y la alejaban de la resplandeciente superficie del suelo y el vestido se le abultaba por la zona del vientre, media talla más pequeño. (El atuendo al completo era inapropiado, le quedaba demasiado mazacote, típico de Linda, cuyo sentido del estilo siempre estuvo un poco desfasado, y no alcanzaba a imaginar por qué no me lo había enseñado previamente. O quizá sí.) Bajé las escaleras y atravesé el vestíbulo hasta ella y dejó que entrelazara mi brazo con el suyo y que la llevara hacia la puerta.

—¿Sabes qué? —dije—. Vámonos a la ciudad al sitio ese de las milhojas. Son tus prefes, ¿no? ¿Vale?

No contestó, pero noté que abandonaba parte de su rigidez y seguimos caminando.

Aquello estaba mejor, mucho mejor, y supongo que nunca debí haber dicho lo que dije luego, pero intentaba ser positiva, como podéis entender.

—Escucha —dije mientras cruzábamos la puerta y salíamos al fulgor del sol—. Sé cómo te sientes, de verdad, pero como tú misma dijiste, siempre quedará la Misión Tres.

Hicimos en coche los 65 kilómetros hasta Tucson con la radio a tope y las ventanillas bajadas, el pelo ondeando al viento como en los días de libertad y carretera por delante, tal como había sido antes de conocer a Johnny, y solíamos irnos de excursión siempre que podíamos con tal de librarnos de la E2 y de toda la atención y la presión que la rodeaba. El coche era un trapo viejo de mi madre, un Toyota Camry necesitado

de ruedas y pintura, con ciento sesenta y pico mil kilómetros, pero todavía era un buen coche, sólido, y entonces caí en que no sabía qué iba a hacer con él. ¿Plantarlo encima de unos bloques? ¿No era lo que la gente hacía con los coches? ¿Pero dónde? No habría forma de sacar tiempo para atravesar el país y dejarlo en casa de mis padres. El Control de Misión nos daría un sueldo para meter en un trastero nuestros objetos personales, muebles, ropa y demás, pero no habían dicho nada de los coches. ¿Nos permitirían dejarlos en el campus? Cuanto más lo pensaba más cuenta me daba de que no lo iban a hacer; los coches se echarían a perder sin más hasta quedar esperpénticos, y nadie quería que la prensa ni los turistas vieran algo así. Y no podía aparcar el coche en cualquier parte y esperar que siguiera ahí cuando regresara. Por otro lado, quizá me estaba preocupando por nada. Quién sabía, cuando la misión acabara, los coches quizá estarían obsoletos; o por lo menos el mío.

Me giré hacia Linda, que comprensiblemente no había tenido mucho que decir desde que subimos al coche, algo que, supongo, formaba parte de mi estrategia, aunque no había sido consciente de ella hasta entonces —dejemos que el viento y la música sirvan de excusa mientras, en silencio, las dos aprovechamos la ocasión para poner en orden nuestros sentimientos—, y tuve una revelación.

—Linda, estaba pensando —dije, y tuve que gritar para que me oyera por encima del ruido del viento y la radio—, ¿quieres un coche? O sea, por si hace demasiado calor para ir en bici. O cuando necesites ir a comprar.

Ella tenía la vista puesta al frente, con el pelo hacia abajo flotándole por la cara como si estuviésemos bajo el agua.

—Cuál, ¿te refieres a este?

Asentí, aunque no pudiera verme ya que seguía sin mirarme. En la radio sonaba una melodía de un cantante que se suicidaría un mes después de que empezara el encierro, y no es que ambas cosas guardaran relación, tan solo me ayuda a tener un poco de perspectiva temporal. «Here we are now, entertain us»⁴ decía la letra y bordoneaba por los

4. Es parte de la letra de *Smells Like a Teen Spirit*, de la banda estadounidense Nirvana.

altavoces mientras miraba de reojo a Linda, luego fijaba la mirada un segundo en el retrovisor (camiones, camiones eternos) y de nuevo a la carretera ante nosotras.

—¿Quieres que te haga de canguro con el coche, es lo que me estás diciendo?

—Sí —dije—. Supongo. O sea, si crees que puedes darle algún uso. Si no, se va a quedar por ahí y se va a oxidar. A oxidar no... a evaporarse, ¿cierto?

—Y cuando llegue la Misión Tres y me toque a mí, si es que me toca alguna vez, ¿entonces qué? ¿Querrás que te lo devuelva?

Me encogí de hombros. El sonido monocorde del cantante, que no tardaría en morir, aunque él no lo supiera todavía, o quizá sí. Tenía el pelo en la boca. Un camión viró para adelantar e hice un mohín ante su intrusión. Me sentía generosa (me sentía en éxtasis, en realidad, y lo que estaba haciendo ahora e iba a hacer durante las próximas cuatro horas de carretera y en la pastelería y en la tienda de bolsos que nos gustaba sería sentirlo cada vez más como un deber), así que dije:

—Quédatelo. Lo pondremos a tu nombre y todo. A cambio de nada, *gratis*, por la patilla, para ti. Y cuando te toque entrar, yo te lo cuidaré... le cambiaré el aceite, lo mantendré limpio y encerado, todo. ¿Hay trato?

Ella negó con la cabeza. No quería coche. Ni quería seguir fingiendo más de lo que quería yo. Lo que ella quería no lo iba a conseguir. Ni ahora (y creo que lo supe incluso entonces) ni tampoco en los dos años que siguieron.

Cuando regresé eran pasadas las dos, el piloto de los mensajes parpadeaba en el teléfono y tenía que llamar a Johnny y a mi madre, en ese orden. Ya había intentado dos veces dar con Johnny, una desde el teléfono a la entrada de la pastelería y la otra a la vuelta desde una gasolinera mientras Linda compraba Coca-Cola *light* para las dos, y ambas veces, tal como me había esperado, saltó el contestador. Estaba trabajando, obviamente, y recibiría el mensaje en cuanto lo oyese. La cosa era, ¿cuál sería su reacción? Se alegraría por mí, o haría el teatro de que se alegraba, pero

después abandonaría la pose y daría paso al sarcasmo y eso podría ser duro. Llevaba un tiempo diciendo que era su novia embotellada y presentándome por ahí como la mujer que iba a entrar en bodega. Y mi madre. Se iba a quedar gagá porque ahora podría decirle a la gente que su hija no estaba partiéndose la espalda con no sé qué trabajo servil en un invernadero del desierto de Arizona por menos del salario mínimo, sino que iba a llegar a algo, a hacerse famosa, a hacer uso de su licenciatura y a participar en un proyecto que la revista *Time* había proclamado que era tan significativo para el futuro de la humanidad como las misiones Apolo a la Luna. Por supuesto, eso fue tiempo atrás, antes de que la Misión Uno se agriara, y aun así, eso no iba a suponer la más mínima diferencia para mi madre: lo habían proclamado en *Time* y con eso le bastaba. Y si queréis que os diga la verdad, a mí también me bastaba.

En cualquier caso, ahí estaba yo, de pie en mitad del cuarto, sudando a mares, con una maraña por pelo, el chute de endorfinas de la mañana que todavía me tenía a un palmo del suelo y la avalancha de azúcar (habíamos compartido un milhojas y un profiterol relleno de crema) recorriéndome las venas igual que propergol, con la mirada fija en el botón amarillo que parpadeaba en el teléfono como si no supiese para qué servía. Sumado al hecho de que me sentía aturdida por la sobrecarga de cafeína, ya que en la pastelería había acabado bebiéndome dos cafés con leche mientras Linda y yo intentábamos hablar las cosas. Por no mencionar la Coca-Cola *light*. Estaba alterada, por los aires, pero en el mejor sentido posible. El mensaje debía de ser de mi madre, estaba segura, porque ella estaba igual de nerviosa que yo por la entrevista («sé tú misma», fue su consejo) y estaba a punto de darle al *play* cuando sonó el teléfono.

Tanta cafeína, tanto azúcar, el sonido me sobresaltó y hasta el tercer timbrado no descolgué.

Era Johnny.

—Eh, ¿sabes algo ya?

—Sí —dije—, estoy dentro. —Llevaba mucho tiempo anticipándome a esto, sopesando pros y contras, pensando lo que iba a decirle, pero ahora que el momento había llegado, ahora que ya lo había dicho, me sorprendió la neutralidad de mi tono. Era una noticia para bailar

por todo el cuarto, para gritarla a los cuatro vientos, pero me limité a soltarla como si fuese una piedra.

Hubo una pausa. Podía oír ruidos de fondo, un motor que se esforzaba al cambiar de marcha, golpes de metal sobre metal. Cuando por fin habló, en su voz hubo aún menos modulación que en la mía.

—Genial —dijo—. Me alegro por ti, de verdad que sí.

—Pero por ti no mucho, ¿cierto?

—Qué se supone que tengo que hacer yo mientras estés ahí dentro, ¿buscarme una muñeca hinchable?

—Soñar conmigo.

—Ojalá. Novia en botella. Novia embotellada. Novia acristalada.⁵

—Dulzura en conserva —dije.

—Qué hay de los cuatro tíos... ¿sabes quiénes están dentro?

—Ramsay seguro. Y Richard Lack. De los otros dos no sé nada todavía... aún están con las entrevistas. Linda se ha quedado fuera. Pero igual eso ya lo habías adivinado. Se lo ha tomado mal.

Otra pausa.

—¿Y quieres que te espere? Y tú qué... ¿vas a estar encerrada allí con cuatro tíos y me dices que no va a pasar nada?

—Yo nunca he dicho eso. Sabías desde el principio que...

—No me apetece discutir —me cortó—. Hoy es día de celebración, ¿no? A qué hora quedamos, ¿sobre las cinco?

—A las cinco perfecto.

—Cena en un italiano, tal vez. O si te apetece filete... de eso no os van a dar mucho, ¿verdad? Luego de copas y a bailar, y después nos vamos a mi casa y lo hablamos todo como adultos sensatos y sin ropa.

—Suen a plan —dije.

—A las cinco —dijo, y colgó.

Al segundo de colgar el teléfono sonó otra vez, en el mismo instante, como si hubiese estado programado para saltar igual que una bomba hecha con dinamita y un temporizador. La voz que se me echó encima, estridente e imperiosa, era la de Judy.

5. La expresión «under glass» suele emplearse cuando algo es de invernadero.

—Por dios, Dawn, ¿dónde te habías metido? Llevo las últimas tres horas sin parar de llamarte. ¿No te das cuenta del poco tiempo que tenemos? Necesitamos que vengas ahora mismo para que te tomen medidas... «ahora», ¿me oyes?

No sabría decir si soy de las que piden disculpas, pero cuando hago algo mal lo reconozco, y esto lo había hecho mal (aunque si querían que estuviese localizable, tendrían que habérmelo dicho, o esa era al menos mi sensación).

—Lo siento —dije.

—¿En qué estabas pensando? A partir de ahora vamos a necesitar que estés disponible las veinticuatro horas del día. Estamos en plena cuenta atrás de cara al encierro.

—Lo siento —repetí. Y entonces, antes de que pudiera proseguir, dije—: ¿Quiénes están dentro? ¿Quiénes lo han logrado? ¿Con quiénes voy a vivir?

—Lo sabrás cuando llegues...

—Stevie seguro... y Ramsay, ¿no? Y Richard, supongo, porque...

—Otra cosa, cuando llegues te pondremos al corriente, esta noche habrá una cena, a las cinco, en Alfano's, el Control de Misión y los ocho finalistas, y he pedido a dos o tres periodistas, y a un fotógrafo, que se nos unan, nada formal, eso será mañana en una rueda de prensa...

Desde donde me encontraba, si tiraba del cable del teléfono y ladeaba la cabeza hacia la derecha, podía ver por la ventana las cristaleras de la E2 que reflejaban el sol y bañaban de luz todo el campus, el entramado de travesaños blancos, la malla espacial como la superestructura de una inmensa colmena (panal, esa fue la palabra que me vino entonces a la cabeza en todo su dulzor, un dulzor tan intenso que empalagaba).

Por un momento me abstraí de Judy, me dejé llevar por el futuro y su significado y por lo que me estaba sucediendo aquí y ahora.

—Sí —dije—. Sí, vale. —Aunque no sabía con qué me mostraba de acuerdo.

—Así que más adelante te informaremos al respecto, por supuesto... esto es solo el principio, créeme. Por ahora, de cara a esta noche, recuerda que desde este momento representas a la misión y eso significa que tu aspecto va a tener que ser el mejor...

—Qué me dices del vestido que llevaba esta mañana, ¿está bien así?

—¿Qué vestido?

—El de la entrevista. Ya sabes, ¿el verde claro, casi color menta?

—No lo recuerdo.

—Ya sabes, ¿el vestido sin mangas?

Vi a un gorrión plegar del todo las alas y lanzarse en picado desde el balcón hacia la hierba. ¿Y qué era aquello? Una nube en un cielo sin nubes, remolcando una sombra móvil por todo el patio. Penumbra, luego luz, luego otra vez penumbra.

—Ah, sí, sí, claro —dijo Judy—. Uno sin mangas, ¿no?

No dije nada.

—No lo sé —dejó escapar un suspiro—. ¿No tienes algo con un poco más de estilo quizá?